

EL DETECTOR DE MENTIRAS

Por Adolfo M. Vaccaro*



El autor

Durante la festividad del día patrio, y ante la ausencia del primer mandatario - quien debió viajar una semana antes al país del norte – se hizo cargo del discurso el vicepresidente de la nación. Todos los medios apostados en el recinto, estaban prestos a difundir las palabras del funcionario, dirigidas a todo el pueblo conmovido por la magnitud que representaba tal aniversario. El iluminador encendió el equipo y, comenzando la cuenta regresiva, el director de cámara se dispuso enviar al aire lo previamente ensayado.

Extendidos los papeles sobre el escritorio, el disertante comenzó su lectura, siendo interrumpido a los escasos segundos, cuando apareció en escena un hombre de cabellos largos y rojizos, pidiendo que le fuera concedido un breve espacio de tiempo para enviar un mensaje. Un clima de tensión se vivió en el despacho, pues nadie comprendía cómo había esquivado la custodia y llegar sin impedimento al lado del vicepresidente. Aunque todo estaba fuera de contexto, nadie se atrevió a apagar las cámaras, dado que esta insólita circunstancia iba a generar mayor audiencia.

El funcionario, sin inmutarse, le cedió la palabra. Los micrófonos fueron levemente movidos de sus sitios, para captar lo que el desconocido quería manifestar. Y esto fue lo que dijo: - “Soy el emisario del Hacedor, quien se siente deshonrado por la palabra empeñada en cada juramento hecho en su nombre, y que en consecuencia produce tantas calamidades al resto de su gente. Por tal motivo, propone de ahora en adelante, que todo aquel que desee ocupar un cargo en la función pública, en vez de ser demandado después de la muerte, pase durante la jura la prueba del detector de mentiras, colocando su mano más hábil debajo de esta guillotina” -. Y señalando con su diestra una pequeña cizalla, las cámaras y los flashes tomaron la imagen de aquel artefacto.

Luego, continuó diciendo: - “Un veedor del pueblo será quien controle este mandamiento” -. Una vez dicho esto, se alejó presurosamente, sin que nadie pudiera entrevistarle.

El personal, que esperaba ansioso de aprehender al desconocido, no lo vio pasar por la puerta. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Entonces, dieron orden a Seguridad para que lo arrestaran. Todo fue infructuoso. Nadie lo volvió a ver.

Terminado el mensaje que fuera interrumpido, las agencias de noticias eligieron difundir el exordio del hombre de cabellos largos y rojizos, considerando que aquello resultaba más impactante que las frases del vicepresidente. Preguntándose también, por la misteriosa desaparición del intruso, sin que ningún miembro de Seguridad o custodia lo hubiera detenido.

El tema, que logró gran trascendencia en la comunidad y en los distintos estamentos del gobierno, fue tratado en el parlamento. Uno de los integrantes elaboró un proyecto, para poner en práctica lo que aquel hombre había expuesto, buscando una artimaña que convenciera a la ciudadanía, que siempre estaba reclamando por justicia. El ardid consistía en colocar cables manipulados en el detector de mentiras, para controlar el desplazamiento de la aguja sobre el diagrama y así poder inutilizar el funcionamiento de la guillotina. El proyecto fue aprobado en secreto por todos los parlamentarios.

Cuando se produjo el cambio de autoridades, luego del escrutinio de la última elección, el presidente, que sólo aceptó el bastón y la banda, tomó juramento al nuevo gabinete. Habiéndose elegido entre la comunidad a un representante de probidad reconocida, fue éste quien se encargó de colocar los cables al detector de mentiras y comprobar el debido accionar de la guillotina. Una vez que la revisión se completara, pasaron uno a uno los ministros y secretarios de cada cartera de Estado. El pueblo expectante observaba por televisión la ceremonia, no perdiéndose ningún detalle de lo que ocurría.

Todos los que juraron por los santos evangelios, fueron amputados. Todavía nadie, que transita el salón de las manos perdidas, entiende el por qué.

Adolfo M. Vaccaro, escritor, nacido en Buenos Aires - Argentina – el 16 de Noviembre de 1945. De muy pequeño, en la casa de sus padres, sita en el barrio de San Cristóbal, se dedicó a la lectura de libros regalados por su tío. Juan Ramón Jiménez, Julio Verne, Edmundo D' Amicis y Edgar Alan Poe, fueron los primeros autores que conformaron su pequeña biblioteca. Más tarde, y ya cursando estudios universitarios, comenzó a descubrir su vocación, incentivada por escritores como Sabato, Jaureche, Borges, Arlt, Bioy Casares, Casona, entre otros. Frustrada su carrera de Licenciatura en Administración de Empresas, por razones arbitrarias impuestas durante el gobierno de facto del General Juan Carlos Onganía, decidió involucrarse con intelectuales de diferentes tendencias ideológicas. Muchos de ellos desaparecidos en el cruento proceso de la dictadura militar, comandada por el General Rafael Videla. Viviendo en el Perú – 1973/80 – desarrolló actividades artísticas, animando y actuando en cafés concert, teatros y eventos culturales, participando, también, en concursos literarios que le permitieron conocer a intelectuales de reconocimiento mundial, como Mario Vargas Llosa, Nicomedes Santa Cruz, Chabuca Granda. También alternó con todos aquellos compatriotas artistas que formaron parte o no de la censura, a través de listas negras. Mercedes Sosa, Víctor Heredia, Norman Brisky, Enrique Pinti, Delfor, Alberto Locatti, Osvaldo Cattone, Amelia Bence; Felipe Méndez, entre otros. De regreso a su patria natal, se vio obligado a trabajar en distintas actividades, muy distante de ese mundo que había experimentado. Conforme con su bagaje existencial, hoy intenta involucrarse en el mundo literario, que parece albergar solamente a quienes han conseguido trascender en escándalos mediáticos o aquellos de siempre, que lo tienen bien merecido. Sin embargo, con mucho esfuerzo, ha publicado dos libros: **Para leer con los cinco sentidos y el sentido común, y **Otra mirada hacia el amor**. Recientemente ha sido declarado ganador del concurso Tanatología 2004 org, por su poema Morir. Ha sido conductor del programa Sentimientos, en FM 90.9 Luna marina – año 1999 – y de su creación La sombra de tu sonrisa, en 88 FM y FM 104.5 Radio Instituto – año 2000 -. Participa, además, en distintos certámenes y páginas literarias de habla castellana, como así también, en medios radiales y gráficos de distintas nacionalidades. Ciberpoemario - nos comenta - será próximamente editado, durante el transcurso del año en curso.*